

idealistas, con la cristianización de los americanos llevada á cabo por España, aun cuando su antecedente forzoso haya sido la conquista con todas sus violencias y horrores.

Quiroga, en Michoacán, se fijó en la antigua capital del reino, Tzintzuntán, «la ciudad de Michoacán,» como las cédulas reales la nombran, y allí convocó á los representantes de la nación disuelta en la hoguera del Caltzontzín, que vinieron recelosos, oyeron al misionero de paz y tornaron encantados á sus hogares; el recuerdo mismo de sus reyes, de sus divinidades y de sus glorias, palideció en el corazón de los tarascos con el amor que tuvieron y que aun tienen al que luego fué su obispo y siempre fué su padre. Comprendiendo las necesidades, respetando las tendencias y las tradiciones de los principales grupos que constituían la familia tarasca, aplicó á su constitución económica un sistema de división del trabajo excelente en esas épocas y dedicó á cada pueblo á un solo oficio. Estableció también hospitales que eran verdaderos falansterios, y vió renacer, con el trabajo y la paz, la prosperidad de todos. En medio de estas poblaciones florecientes, entre los lagos de Cuitzeo y de Pátzcuaro, establecióse en 1541 ó 42 la ciudad de Valladolid en el gracioso valle de Guayangareo. Esta ciudad, de origen laico, pero que pronto quedó, como todo en América, cobijada por el manto de la religión, es la actual ciudad de Morelia; con este nombre, debido á su hijo egregio José María Morelos, entró á tomar parte en la vida nacional la antigua fundación del virrey Mendoza.

No fueron éstos los únicos tipos de conquista y fundación; otros hay bien notables. En el siglo xvi, como antes de él, todas las tribus nómades del Norte se llamaban *chichimecas*; en donde confinaban al Sur con las regiones de grado ó por fuerza sometidas á los españoles, cometían todo género de depredaciones, cada vez más inquietadoras para los gobernantes de la Nueva España, que resolvieron encomendar la pacificación de aquellas serranías pobladas de salvajes á los indios convertidos y asimilados. Y así fué: el punto de partida de las expediciones fué Acámbaro, fundado antes en los límites del reino de Caltzontzín; los caciques desempeñaron á maravilla su papel de conquistadores, luciendo sus armas españolas y sus caballos; hubo curiosos encuentros sin armas, á puñadas y cachetes; no faltó su milagro: Santiago apareció en la contienda, favoreciendo á los indios cristianos, lo que demostraba claramente que, para el cielo, lo mismo eran americanos que europeos, y de todo esto nació Querétaro, que vegetó al principio y luego fué un buen centro de comercio agrícola; algunos grupos de chichimecas vencidos se reunieron en congregación en derredor de una cruz de piedra, muy pronto milagrosa, y esa fué la cuna de la ciudad futura. Ya lo dijimos; si hay un hecho comprobado en nuestra historia es que la conquista de la Nueva España la hicieron, para los reyes de Castilla, los mismos indígenas, bajo la dirección y con el auxilio directo ó indirecto de los españoles. En trazar este rumbo á una obra que, por colosal, habría sido imposible de otro modo, consistió la suprema habilidad de Hernán Cortés. Y nada más gráfico que el dicho del cacique D. Nicolás de S. Luis Montañés, que, nombrado capitán general «por el rey mi señor Su Majestad,» son sus palabras, para conquistar la gran Chichimeca, que fué luego Santiago de Querétaro, para lo que convocó á todos los caciques y cacicazgos de su prosapia, al dar cuenta de su obra termina con estas frases: «Con fuerza de nuestros brazos ganamos estas tierras, de que mandó hacer Su Majestad conquista.»

La obra de la conquista y pacificación, no terminada en el siglo xvi, avanza en éste lo bastante para dejar delineados los términos de la Nueva España, que llegaron á ser inmensos, si se tiene en cuenta que á ella estuvieron subalternados, por el Sur, Honduras; por el Norte, el enorme espacio indeterminado que va de Texas á la Florida, y por el Occi-



Catedral de Puebla

dente, no sólo el litoral, aun no explorado sobre el mar del Sur, sino más allá, en el Océano mismo, el archipiélago filipino, de que tomó posesión por Felipe II una expedición organizada en México. En el período marítimo, digámoslo así, de las empresas de exploraciones y conquistas, descuella también la gran figura de Cortés. Desde el día siguiente de la toma de Tenochtitlán (ó Tenochtitlan, como habrían escrito los mexicanos, que no cargaban el



acento en la última sílaba), ya sus agentes hacían construir barcos en Zacatula y Tehuantepec, para explorar la costa de la Nueva España, en busca del estrecho famoso, ya para cruzar el mar del Sur y hallar la isla de la Especiería, ó fundar en el Catay (China) una colonia como la Nueva España, para ponerla á los pies del César Carlos V. Lo que este hombre gastó de energía, constancia y atrevimiento para realizar su ensueño, es increíble; materiales llevados de Veracruz á la costa de Michoacán y al Istmo, construcción de buques á todo costo y viajes á Acapulco, á Zacatula, á Manzanillo, para vigilar la marcha de las expediciones; fracaso de todas ellas por incendios, naufragios, sublevaciones; pérdida de todos ó casi todos los buques, cuyas tripulaciones mermadas solía apresar y maltratar Nuño de Guzmán; nada de esto arredra al capitán general. Las relaciones de frailes y exploradores, venidos de la Florida ó salidos de México, noticiando la existencia de vastísimos reinos prodigiosamente ricos al Norte de los Sinaloas, empezaban á enardecer la codicia de todos; entonces dispuso ponerse él mismo al frente de una expedición, reconoció las costas de Sinaloa, Sonora, la Baja California; cruzó el golfo, que lleva su nombre, y, cuando regresó á México, cuando ya se le creía muerto, bullían en su cabeza nuevos proyectos, á pesar de las temerosas aventuras de su último periplo.

El virrey Mendoza fué á consolidar la obra incierta de Nuño de Guzmán; la Nueva Galicia no había sido pacificada, las insurrecciones eran constantes y generales, bravísimas las tribus. Pedro de Alvarado, que con el beneplácito del rey, se había arreglado á fuerza de litigios y combates una especie de señorío feudal en Guatemala, y que también quería explorar el mar del Sur, acertando á pasar por las comarcas jaliscienses cuando iba á embarcar sus tropas, dió auxilio al gobernador Oñate en peligro y perdió la vida á consecuencia de una caída en los vericuetos de la montaña. Fué el virrey quien, luchando y tratando, dió cima á la empresa, y pronto la Nueva Galicia, con su capital y su Audiencia, fué el más distinguido miembro de la organización colonial.

Entretanto venía por tierra la leyenda de los reinos de Cibola y Quiviría. ¡Cosa singular; esas riquezas fabulosas existían allí en realidad, pero estaban ocultas unas y en potencia las otras en el suelo aurífero y en la fecundidad pasmosa de California! Pero el virrey y Cortés persistían en ordenar conquistas, y creyendo el conquistador hollados sus derechos, tornó á España en busca de desagravios y allá murió.

El siglo avanzaba y con él se acercaba á sus límites la obra, que hubiera podido prolongarse indefinidamente, de la sumisión de los indígenas. La busca de minerales produjo la fundación de Zacatecas, una de las principales ciudades del Estado actual de nuestra federación que lleva ese nombre y que fueron *reales* de minas en su origen, ensanchando así los límites de la Nueva Galicia; luego se fundó Durango, á orillas del Guadiana, y casi terminó la formación final de la provincia de la Nueva Vizcaya, que tenía por fuerte avanzado el presidio de Chihuahua y comprendía el territorio del Estado que lleva hoy ese nombre, el de Durango y parte de Coahuila. Por capitulaciones especiales con el rey comenzó la exploración y conquista del nuevo reino de León, entre la provincia del Pánuco, la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya; en realidad, los consolidadores de esta nueva adquisición fueron los frailes; uno de ellos fundó Monterrey. La necesidad de defenderse contra las tribus nómades que recorrían la lenta pendiente de la Mesa septentrional, de una á otra serranía, trajo la necesidad de fundar establecimientos de defensa, y ello fueron en su origen

Celaya, San Miguel de Allende, San Luis del Potosí, que llevó este sobrenombre porque se creyó que podía compararse en riqueza mineral con el famoso distrito peruano. Esta tarea de pacificación de las tribus chichimecas (ellas se daban otros nombres) no pudo apurarse en el siglo y pasó al siguiente: combates, misiones, reducciones forzadas de los indios á congregaciones y pueblas, establecimientos de otros indios ya españolizados, como los tlascaltecas, todo se puso en juego, y al fin se obtuvo á medias un lento resultado. Cuando moría ya la centuria de la Conquista, todavía no cimentaban los españoles su dominación en las regiones septentrionales de Sinaloa, ni en Sonora, y buscaban por Nuevo México el fabuloso reino de Quiviría.

En la fundación de una villa española se procedía así: elegían los expedicionarios lugar, que solía ser provisional, porque la villa no era precisamente un caserío y una iglesia, era algo más que eso, era una institución; podía transplantarse, como sucedió con Guadalajara (definitivamente establecida por el primer virrey) y como sucedió con la Villarreal, en cuya erección nos ocuparemos brevemente, por ser típica, como dice el más notable historiador de nuestros tiempos coloniales.

Vencida la heroica resistencia de los chiapas, que, antes que rendirse á los conquistadores, habían preferido arrojar al abismo con sus mujeres y sus hijos desde la cresta del peñol que fué su postrera fortaleza, el capitán Mazariegos, hombre ducho y bueno, procedió á señalar á los indios que había logrado capturar un lugar en donde debían reducirse á vivir en comunidad y oír las prédicas de los misioneros (este lugar fué Chiapa, probablemente), y por allí cerca eligió un sitio para fundar provisionalmente la villa española, que debía servir, como las colonias romanas, de centro de pacificación, de colonización y de vigilancia en la comarca; sólo por un capítulo se distinguían éstas de aquéllas: las colonias españolas eran un foco de propaganda religiosa, jamás lo fueron las romanas. En el sitio elegido improvisaron los indios unas casas para los españoles; reunidos éstos en la del capitán general y gobernador de la provincia, éste declaró su decisión de establecer allí temporalmente una villa, que se llamaría Villarreal; nombró, en seguida, alcaldes, á quienes recibió juramento de usar bien de su cargo y ser fieles á Dios y al rey, les entregó las varas de justicia, eligió regidores, y éstos á su vez nombraron un carcelero y pregonero; luego fueron nombrados un mayordomo de la villa, un procurador y un alguacil mayor; dióse en seguida posesión de sus cargos al visitador general y al escribano, nombrados por el gobierno de México, y funcionó la autoridad comunal. Los conquistadores dejaron de serlo en el punto mismo y comenzaron á ser pobladores; el soldado se convertía así en ciudadano y gozaba de los fueros de todo individuo que formaba parte del municipio. Celebróse el primer cabildo, se señaló el salario de los empleados, y se ordenó la erección de la picota en la plaza y de la horea en la próxima colina; se abrió el registro de vecinos, título codiciado, no sólo porque daba derecho á repartimientos de indios y mercedes de solares, sino porque á él iban unidas las distinciones y honores concedidos á los primeros pobladores, así como libraba de las persecuciones contra los hombres sin asiento. Hecho esto, la villa se levantó de donde estaba, se situó en mejor sitio y se trazaron y denominaron las calles, se distribuyeron los solares y se levantó la iglesia; tal fué en sus orígenes San Cristóbal Las Casas, capital del Estado de Chiapas hasta hace poco tiempo.

Ya sólo se trataba de afirmar y consolidar: lo principal esbozado estaba, si no hecho